

La calle de Luis Valenzuela

La vida que aparece tan corta, cuando se ha vivido, y que con perspectivas tan dilatadas y tan bellas, se nos ofrece desde la niñez, prometíanos en los días felices del Instituto, regido por don Victoriano Rivera, integrado por don Francisco Javier de Ceinos, don Patricio Palacios, don Juan Moreno Anguita, el secretario don Rafael Barbudo y otros graves varones, inspeccionado en sus pasillos, patios y escaleras por los bedeles Piñón y Peluca y recluido a la sombra de las cosas antiguas, alojados en el fantástico caserón Palacio de los Bañuelos, en aquella plaza tan breve que tenía algo de entresijo de la Córdoba histórica...; la vida henchida aún del calor y de la santidad de las caricias maternas, prometíanos a un puñado de muchachillos incontables bienandanzas para la nación. Libertad, prosperidad, justicia. España volvía a ser grande y Córdoba, en nuestra ambición, marcharía por la posta a un apogeo fantástico. Eran aquellos muchachillos alumnos de tercero o cuarto años del bachillerato, Julio Burell, José Sanchez Guerra, Luis Valenzuela, Antonio Terrova, Martín Barrios, Vasconi y Aros, y el que esto escribe; a ratos estudiantes, rabonistas algún día de excursión y curioso camino de la sierra o por las ruinas y antiguallas urbanas, y ya en aquellos tiempos periodistas, redactores de una publicación semanal. Córdoba ya tenía su chimeneón. En sus campañas empezábase a ensayar la maquinaria agrícola y los abonos, gracias en gran parte a las enseñanzas y al ejemplo de don José Rodríguez, profesor de Agricultura del Instituto.

Había terminado Zugasti su labor de aseo social, y *Torresno* vagaba aún rústico y socarrón por calles y plazuelas. Del paseo del Gran Capitán existía el arranque, las primeras trescientas varas (aun no prevalecía el sistema métrico) sobre el solar del antiguo convento de San Martín, y no quiero callarme este recuerdo: encaramado a guisa de tribuna, en una de las piedras a medio labrar de las que habían de ser asientos del paseo, Julio Burell se nos reveló a los de la pandilla, a los pocos días de llegar de su pueblo, recitando magistralmente unas estrofas revolucionarias de cierto poeta montillano, con aquel énfasis oratorio petulante, mezcla de candidez y osadía, que fué el rasgo más persistente de su espíritu. Ya llevábamos aunque tan niños, en el fondo de nuestros corazones la idealidad legendaria española, y la milagrosa historia de la ciudad. Séreca, Lucano, Acisclo y Victoria, los

Abderramanes, Averroes, Almanzor, San Fernando, la casa de Aguilar, Gonzalo de Córdoba, Góngora... Más también llevábamos los anhelos renovadores de la época, del momento. Casi todos los días había tumultos y pequeños motines en las calles, y las almas infantiles sometíanse gustosas al impulso vago que empujaba a una vida libre de las trabas históricas. Pepito Fernández y el padre Cordobita, las gentes de la Sierra con sus trajes tan típicos como los que se encuentran hoy en escasos rincones de las provincias de León, Cáceres o Salamanca; las romerías, las ferias, y en tiempo ordinario la calma de lugarón en que Córdoba vive desde hace siglos. Esto era para nosotros la realidad cordobesa.

Pero los entudiantillos, llevábamos en nuestros corazones como un compuesto de ciudad metrópoli semejante a la legendaria, y a la vez nueva y gloriosa, como aurora de abril contemplada desde las ermitas. Para cuando fuésemos hombres barbados como los profesores, como los políticos que lanzaban a cada instante y desde cualquier tribuna alados discursos, como los caudillos que llegaban mandando tropas en un diario ir y venir de regimientos y de cuerpos francos o voluntarios, los sucesos habrían llegado a madurez tal, que en poco tiempo veríase con nuestro propio ímpetu, y nuestras propias manos, realizadas las ilusiones. Mucha industria, muchas chimeneas para hacer compañía al solitario chimeneón. El Guadalquivir canalizado hasta Córdoba, próspera la agricultura, modernizada la ciencia de las Escuelas del Califato, una magnífica Universidad, poetas, filósofos, artistas, oradores, abundancia, riqueza, el espíritu señoreando la vida de una Córdoba tan grande y bella como para glorificar en sí a la Patria toda.

Todavía me parece posible la realización próxima de tal programa; tan grande, tan fascinadora era nuestra ilusión. El destino es como un huracán que dispersa nuestras vidas. Aquel impulso provinciano de idealidad y de romanticismo, es en Madrid donde ha conducido a la cumbre de la política y de la gobernación de España a José Sánchez Guerra, y el mismo que estimuló a Burell, arrebatado tan a deshora por la muerte. Y fué Luis Valenzuela quien empleó, quien gastó en su ciudad natal y para provecho y gloria de ella, todo el tesoro de las ilusiones infantiles desmesuradas por su grandeza.

Cordobeses, poned a una de vuestras calles el nombre de don Luis Valenzuela, que ejerció la abogacía con el criterio de un verdadero jurisconsulto, profesó la política como maestro de altas ideas y de severa, honrada y noble conducta; y abarcó con su pensamiento todos los caracteres históricos, artísticos y sociales de la ciudad, siendo al morir el más noble ornamento de ella, pues hasta la conformidad senequista con que aceptó en la última época de su vida la bancarrota de los idealismos que fueron el alma de los de su generación, hubo de ostentar la nota más característica del alma cordobesa, el estoicismo.

Cuando Luis Valenzuela se persuadió, lleno de amargura, de que Córdoba

no había de ofrecerle el campo de acción con que soñara en su juventud, recluyóse en sí mismo, en su robusto y noble corazón de cordobés, en su Córdoba amada, en su biblioteca en fin, y los libros que adquirió en las postrimerías de su vida, y los trabajos históricos literarios que dejó inéditos, demuestran que transformó en el silencio de su hogar las ilusiones de acción política transformadoras de Córdoba, en un culto desinteresado y fervoroso de la grande historia de su ciudad, y de la misión que a ésta le está reservada en un cercano porvenir. Honrando la memoria de don Luis Valenzuela, se ofrece a la niñez y a la juventud cordobesa, el más alto ejemplo de moralidad y de ciudadanía.

FRANCISCO ALCÁNTARA

«La Voz» 27 mayo 1922

